fe se extingue como el amor; densas sombras envuelven á las almas, y hay punzantes tristezas en los corazones. Por otra parte, esas almas delicadas que durante la Edad Media se abrigaban en los claustros, se han multiplicado en el mundo; el perfume ha rebosado fuera del vaso. Por dondequiera, en el seno de las familias cristianas existen corazones llenos de recogimiento, profundos y dignos de comprender lo que hay de más exquisito en los misterios del cristianismo.

¡Oh Jesús, Jesús! La Iglesia y el mundo reclaman vuestro Corazón. No nos bastan ya algunas chispas que se escapan de esa ardiente hoguera; toda ella nos hace falta. La Virgen está preparada y el santuario también. ¡Angeles santos que veláis sobre las almas, conducid al altar á la virgen fiel, para que por medio de ella, por sus manos purificadas, corra sobre la yerta tierra el fuego que vivifica y que renueva!

CAPITULO IX

LA REVELACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN

(1673-1675.)

Si scires donum Dei.
¡Oh, si conociéseis el don Dios!
(Joan, IV, 10.)

Eo usque procedens ut ipsius recumberet pectore Salvatoris.
Se elevó hasta reposar en el pecho del Salvador.
(Liturgia de León, *Prefacio de la misa de San Juan.*)

Beatus qui supra Domini recubuit! Fluenta Evangelii de ipso Sacro Dominici pectoris fonte potavit.
¡Bienaventurado el que reposa en el pecho del Señor, porque toma las aguas vivas del Evangelio en la fuente misma del Corazón de Jesús!
(Brev. rom., *Fiesta de San Juan*)

Se recordará, según lo que hemos dicho en el capítulo quinto de esta historia, que lo más sorprendente para las hermanas de Paray cuando examinan la vida de la Bienaventurada, es la duración y el carácter extático de sus oraciones. En ciertos días, por ejemplo, cuando estaba expuesto el Santísimo Sacramento, la Bienaventurada no se apartaba del coro. Débil de salud, enferma algunas veces, permanecía arrodillada horas enteras, sin apoyo algu-

no, las manos juntas, los ojos bajos, y sin hacer ni el más ligero movimiento. A estas oraciones del día comenzó á agregar, en fines de 1673, las oraciones de la noche, más extraordinarias aún. Se ha visto que particularmente la noche del Jueves al Viernes Santo permanecía de rodillas doce horas continuas, y de tal manera absorta, que no escuchaba nada de lo que ocurría cerca de ella. No hallando las hermanas cómo describir un estado semejante, decían que parecía "como de mármol„ y "extasiada„. Con frecuencia volvía de sus oraciones trémula y ardiente, sin poderse sostener y casi desfalleciendo. Tres ó cuatro veces fué preciso apoyarla, porque sucumbía á los asaltos de un amor demasiado enérgico para criaturas mortales.

En tales circunstancias, durante esas oraciones extáticas fué cuando acaecieron, sin que, por otra parte, la comunidad llegara á advertirlo, las grandes revelaciones del Sagrado Corazón. He dicho las revelaciones, porque fueron tres, tres distintas, mediando varios meses entre una y otra. La primera se verificó el 27 de Diciembre de 1673, cuando la Bienaventurada tenía veintiséis años de edad, y poco más de uno de haber profesado. La segunda el año siguiente, 1674; no se sabe en qué día, pero sí que el Santísimo estaba expuesto en la capilla; y, según los usos de aquel tiempo, se presume que debió ser durante la semana del Corpus. En fin, la tercera tuvo lugar del 13 al 20 de Junio de 1675, uno de los días de la octava del Santísimo Sacramento. Hubo, por lo mismo, entre estas apariciones un intervalo muy considerable: siete meses de la primera á la segunda, y poco menos de un año entre la segunda y la tercera. Este tiempo no era, sin embargo, excesivo para que la

Bienaventurada pudiera repararse de la emoción que le producía cada una de las apariciones; emoción y decaemiento tales, que una vez sobre todo se creyó que la iban á causar la muerte.

Desde otro punto de vista, y cuando consideramos en conjunto estas tres apariciones, queda uno sorprendido de su orden, de su gradación y de su creciente belleza. Es como una especie de drama en tres actos, por medio del cual Dios elevó poco á poco el espíritu de su sierva á la plena inteligencia de la misión tan inesperada que le iba á confiar.

Por lo demás, tenemos de estas apariciones ilustres un testigo irrefragable: la misma Bienaventurada. Obligada de sus superiores á poner por escrito la relación de esas maravillas, lo hacía regando de lágrimas el papel; y cuando le era devuelto lo arrojaba al fuego. De esos escritos sólo uno se ha conservado; y se nota en él tal acento, una humildad tan profunda, una sinceridad tan verdadera, tanto olvido de sí misma en medio de tan grande emoción, que aunque la Iglesia misma no hubiera comprobado la certidumbre de las apariciones, sería imposible dudar de ellas viendo el modo en que las refiere la Bienaventurada.

"Por el amor de Vos sólo, ¡oh Dios mío!, escribe al principiar, me someto por obediencia á escribir esto, pidiéndoos perdón de la resistencia que opuse. Pero como, fuera de Vos, no hay quien conozca la magnitud de la repugnancia que por ello siento, nadie tampoco, sino Vos, podrá darme fuerzas para vencerla.„ Y agrega estas palabras admirables: "Recibo esta orden como si viniese de Vos, *queriendo castigar por ella la excesiva alegría y precaución que he tenido para seguir*

mi constante inclinación de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. ¡Oh mi soberano Bien, que nada escriba yo sino para vuestra mayor gloria y grande confusión mía [1]!„

Entonces toma la pluma y comienza su narración; pero inmediatamente se detiene, sobrecogida, confusa, no pudiendo ya vencer su repugnancia. ¡Oh mi Señor y mi Dios, que conocéis la pena que sufro al cumplir esta orden, y la violencia que necesito hacerme para vencer la repugnancia y la confusión que siento al escribir todo esto: otorgadme la gracia de morir antes que trazar alguna cosa distinta de lo que viene de la verdad de vuestro espíritu, para que todo ceda en gloria vuestra y en propia confusión mía! Haced por vuestra misericordia, ¡oh mi soberano Bien!, que lo que escribo no sea visto jamás, sino por quien Vos queréis que lo examine, *á fin de que su publicidad no me impida permanecer sepultada en un eterno desprecio y olvido de las criaturas.* Dad este consuelo, Dios mío, á vuestra pobre y miserable esclava [2].„

Pocas páginas después, al volver á su narración y de nuevo agobiada por semejante trabajo, exclama: "Voy á proseguir sólo por obediencia, ¡oh mi Dios!, sin más intento que el de contentaros con la especie de martirio que sufro, al formar este escrito, cada una de cuyas palabras me parece un sacrificio. ¡Pero que todo sirva para que seáis glorificado eternamente!„

El mismo acento se advierte en todo el curso de la *Memoria*, revelando continua lucha entre la humildad y la obediencia. A cada instante la humildad hace escapar la pluma, y á cada instante la obediencia hace que la vuelva á tomar. Así es como da cima, con incomparable brillo de santidad, al relato de las tres revelaciones tocante al Corazón de Jesús. Las vamos á dar á conocer en los mismos términos empleados por la Bienaventurada. La Iglesia ha estudiado esta *triple* narración con la severidad que en tal examen acostumbra, y ha asegurado solemnemente la autenticidad de ella.

1 *Memoria*, pág. 289.
2 Ibid., pág. 344.

PRIMERA REVELACION

27 de Diciembre de 1673.

La primera revelación acaeció indudablemente el día de San Juan Evangelista, 27 de Diciembre de 1673. Era el mismo día en que, trescientos cincuenta y tres años antes, se reveló á Santa Gertrudis por medio de una visión, que si el discípulo bien amado nada había dicho acerca de los movimientos sagrados del Corazón de Jesús, fué porque Dios se reservaba hablar de ellos más tarde, en una época en que el fervor y la piedad comenzaran á resfriarse: el día no pudo ser mejor escogido para esta primera revelación. De ella tenemos dos relatos, escritos ambos por la Bienaventurada: el uno es complemento del otro, y describen con viveza toda la escena.

"Un día, dice textualmente, estando delante del Santísimo Sacramento, un poco más tranquila, me sentí rodeada de esta divina presencia, pero con tal fuerza, que

me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné al divino espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor. Por largo tiempo me hizo reposar en su divino pecho, y allí me descubrió las maravillas de su amor y los inexplicables secretos de su Sagrado Corazón, *que siempre me había tenido ocultos, hasta ahora en que me los mostró por la primera vez*, pero de una manera tan real y tan sensible, que no me dejó la menor duda, á mí que, sin embargo, creía estar siempre engañada [1].„

Esta fué, como acaba de verse, "la primera vez que Nuestro Señor mostró su corazón á la Bienaventurada„; hasta entonces "lo había tenido siempre oculto„. Y es tal el carácter de esta aparición y la impresión que con ella recibió, que la humilde virgen, de ordinario tan tímida y desconfiada de sí misma, "no pudo concebir la menor duda„.

A estos primeros detalles, la siguiente relación agrega otros sobremanera interesantes: primero, la indicación del día en que acaeció la maravilla, "un día de San Juan Evagelista, después de haber recibido de mi Divino Salvador una gracia casi semejante á la que obtuvo la noche de la Cena aquel discípulo muy amado„. Hace después la descripción del Corazón divino, "todo radiante y brillando más que el sol, diáfano como un cristal. Visible estaba allí la llaga del costado; una corona de espinas rodeaba el corazón divino, y sobre él se ostentaba la cruz [2]„.

Mientras que la Bienaventurada contemplaba, trémula de emoción y de amor tan grandioso espectáculo,

1 *Memoria*, pág 325.
2 *Carta del P. Rollin: Vid. Contemporáneos*, pág. 86.

Nuestro Señor le habló, y "he aquí, añade la Bienaventurada, cómo me pareció que pasaba lo que voy refiriendo [1]. Nuestro Señor me dijo: "Tan apasionado de amor por los hombres está mi divino Corazón, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, necesita difundirlas por tu medio y que se manifieste á ellos para enriquecerlos con sus preciosos tesoros, fuente de las gracias que necesitan para ser librados de perdición„; y agregó: "Te he escogido á ti, abismo de indignidad y de ignorancia, para el cumplimiento de tan grandioso designio, á fin de que todo sea hecho por mí.„

Por lo mismo, según los términos de esta primera revelación, la nueva devoción sería como un esfuerzo más grande del Corazón de Jesús, "apasionado de amor por los hombres„, y queriendo á toda costa sacarlos "del

1 Nótese de qué manera habló en este pasaje la Bienaventurada: «*Y he aquí cómo me pareció que pasaba lo que voy refiriendo.* Esto proviene, según la observación importantísima del P de Gallifet, de que las apariciones y las palabras con que Dios favorece á las almas escogidas no siempre son exteriores, sino más frecuentemente intelectuales Las palabras que en tales casos se escuchan son interiores y no llegan al oído corporal; es una impresión que sólo el alma recibe El fondo de las cosas que Dios comunica á El sólo pertenece; la manera de manifestarlas es de la criatura, y esta manera es diferente, según los distintos caracteres de las personas inspiradas. De aquí la diferencia de estilo, de expresiones, de giros que observamos en los autores sagrados. Así es como los profetas nos han transmitido las palabras de Dios: unos en estilo grandioso y magnífico; otros en términos populares y sencillos. Dios, inspirando á los profetas las verdades que les hacía anunciar; ellos, revistiéndolas de la misma forma que habría empleado un Isaías educado entre los grandes, ó un Amós criado entre pastores. Aplíquese esta doctrina á la *Memoria* de Margarita María, y desaparecerán las dificultades. Nuestro Señor *hablaba al corazón* de la Bienaventurada, y ella misma traducía estas palabras interiores en el lenguaje que le era familiar. De esto nace su temor de no expresar fielmente las palabras que había escuchado

abismo de perdición„. Hasta ahora los medios ordinarios habían sido bastantes; pero en el triste estado en que se encuentra el mundo, Jesús, que no podía "contener en su Corazón las llamas de su ardiente caridad„, quiere salvar á todos los hombres. Su costado herido se entreabre; su corazón intenta escaparse por allí; y si antes no se había mostrado sino en los monasterios á las almas escogidas, quiere ahora manifestarse á la multitud, para ver si, revelando los secretos de su amor hasta allí ocultos, logra fundir el hielo que se amontona en medio de los pueblos cristianos. Tal era el sentido de esta primera revelación.

Nuestro Señor no la dijo más sino que para el cumplimiento de este designio se servía de ella, á pesar de su ignorancia y su debilidad, ó más bien á causa de esta ignorancia, á fin de que todo fuese hecho por El. Pero, ¿cuándo, cómo, de qué manera? Nuestro Señor nada dijo, y la Bienaventurada, en medio de su emoción, casi no tuvo el pensamiento ni la fuerza de ánimo necesaria para preguntarlo.

Mas, puesto que iba á tratarse de un ministerio público, quiso Nuestro Señor dejarle una prueba real y sin réplica de la verdad de cuanto acababa de pasar. Antes, pues, de desaparecer, preguntó á la Bienaventurada si ella quería darle su corazón. Pero dejémosla hablar.

"Me pidió mi corazón, y yo le supliqué que le tomase; así lo hizo poniéndolo en el suyo adorable, en el cual me le hizo ver como átomo pequeñísimo que se consumía en esa ardiente hoguera. Después, retirándole de allí como una ardiente llama en forma de corazón, le volvió á colocar en el sitio de donde le había tomado, diciéndome: "He aquí, amada mía, una prueba preciosa

de mi amor: deposito en tu pecho una pequeña chispa de las más vivas llamas de mi amor, para que te sirva de corazón y te consuma hasta el postrer momento.„ Y agregó: "Hasta aquí sólo has llevado el nombre de esclava mía; desde hoy te llamarás la discípula muy amada de mi Sagrado Corazón [1].„

Fácil es imaginarse lo que tal gracia debió producir en una criatura, toda abrasada ya de amor divino. "Después de un favor tan grande, dice ella, y que duró largo espacio de tiempo, durante el cual no sabía yo si estaba en el cielo ó en la tierra, permanecí por varios días como abrasada del divino fuego, y de tal modo fuera de mí, que necesitaba gran violencia para articular alguna palabra, y más todavía para comer y descansar, al grado de que las fuerzas se me agotaban para soportar las penas [2].„

Se la condujo cerca de la madre de Saumaise, más casi no pudo pronunciar una palabra. "Sentía en mí, dice, tal plenitud de Dios, que no podía hablar á mi superiora como yo lo hubiera deseado.„ En cuanto á sus hermanas, no experimentaba más que el ansia de arrojarse á sus pies y confesar todos sus pecados. "Me hubiera servido de gran consuelo hacer en voz alta en el refectorio mi confesión general, para que se viese el gran fondo de corrupción que hay en mí y nada se me atribuyera de las gracias que he recibido [3].„

Este profundo sentimiento de humildad fué el primer fruto de aquella aparición; y esto se comprende: cuando se ha reposado en el pecho del Salvador, la sorpresa, la

1 *emoria*, pág. 326.
2 Ibid.
3 Ibid.

admiración y el amor engendran la humildad. Además, la Bienaventurada guardó de esta escena un recuerdo, ó más bien una señal imborrable. No la llevaba visiblemente en el pecho, como San Francisco de Asís, ó Santa Catalina de Sena, sino que toda su vida tuvo una llaga invisible en el costado. "Esta llaga, dice, cuyo dolor me es tan precioso, me causa tan vivos ardores, que me consume y me quema en vida [1]." Para que este divino recuerdo no se debilitase con el tiempo, cada viernes primero de mes reavivaba la llaga, mostrándola de nuevo su corazón. "Este sagrado Corazón, dice, se me representaba como un sol brillante de intensa claridad, cuyos ardientes rayos caían á plomo sobre mi corazón, y entonces me sentía abrasada de tal fuego, que me parecía iba á reducirme á cenizas [2]."

Así pasó el primer acto de la triple revelación. En ella no se ve aún más que el principio y como la inspiración de esta nueva devoción; ¡pero con qué belleza tan encantadora! ¡Un Dios olvidado del hombre y sin poder resignarse á este olvido; despreciado é insultado por el hombre, y sin lograr imponer silencio á su amor, por el contrario, resuelto á vencer al hombre á fuerza de ternura, é inventando, con este objeto, cada día nuevas y más divinas industrias! Después de los esplendores de la creación, las humillaciones del pesebre; después del pesebre, los dolores de la Cruz; después de la Cruz, las ternuras de la Santa Eucaristía; después de la Eucaristía, el esfuerzo supremo del Sagrado Corazón. Siempre la misma ley; á cada nueva tibieza, Dios desciende un

1 *Memoria*, pág. 326.
2 Ibid, pág. 327.

grado para mover los corazones, de que no puede desprenderse.

Desde el siguiente día de esta viva é imborrable aparición, en que la santa había sabido dos cosas: la primera, que Dios ya no puede contener en su corazón las llamas de su amor; la segunda, que se serviría de ella para mostrarlas al mundo, la vida de nuestra santa tomó otra vez su curso acostumbrado. Tuvo cerca de seis meses para repararse de tan profunda impresión; seis meses de paz, de recogimiento, de silencio y de brillantes progresos en la humildad y en el amor de Dios, al cabo de cuyo tiempo, repentinamente y cuando menos pensaba en ello, se verificó la segunda revelación. Fué más penetrante aún que la primera, más luminosa también, y causó en la Bienaventurada tal impresión, que cayó enferma de sobrecogimiento y emoción, al grado de llegarse á creer que iba á morir.

SEGUNDA REVELACION

(1674)

Esta segunda revelación es la única cuya fecha no se sabe á punto fijo. Acaeció sin duda en 1674, antes de la llegada del Padre de la Colombière al monasterio de Paray, en el otoño de ese año. Como estaba expuesto el Santísimo Sacramento, esto no podía tener lugar, según las costumbres de aquel tiempo, sino en el día de la